

Ejercicio Narrativo

La carta a Bablis

José Balza

Delfos, 1º de agosto; 2 a.m.



UNA mujer martillaba láminas de metal en su taller: de sus manos surgían figuras copiadas de todas las que existieron en Grecia. Hablamos a medias; sonreí y continué bajando por la calle principal de Delfos en la tarde. Ahora la noche se ha llevado el paisaje sereno y ascendente de las montañas: ya no está la bahía esfumada; pero sé que muy cerca los restos del santuario, del teatro y el estadio, el lugar de la pitonisa y los reyes, palpitan entre el viento y las cigarras dormidas: Delfos, paredes de roca: una particularidad del espíritu.

Sé también que esta noche (extrañamente fresca) del verano desaparecerá contigo, Bablis: nunca conocerás el papel en que escribo ni mi letra. Tu idioma lejano y bellissimo nos separó verbalmente. Como un signo glorioso, desconoces cualquier otro lenguaje. Desaparecerás en todo, excepto en la impresión que me llevo de tus besos. Ayer te escuché nombrar todo el arte que he amado: Praxíteles, Anacreonte. ¿Cómo explicarte que dediqué mi vida a esos nombres para que tú los dijeras? Aún fluyen sílabas de Cavafis, Zorba, Theodorakis.

Imposible ahondar en la dulzura de nuestro silencio: permaneció incompleto. Yo hubiera querido pedir que algo comenzara en Grecia: aquí nada ha muerto: en las danzas de Stratou vi el rostro que ahora encuentro en el auriga de Delfos, tu propia cara va de las cariátides a Hermes y los torsos desnudos que veo a diario en las motocicletas están inscritos asimismo en los más antiguos frisos.

Debo decirte que este cielo de Delfos y las montañas alrededor de sus ruinas sólo pueden crecer aquí: elementos del despojamiento, de un vacío viviente.

Bablis: tu aparición el día de mi llegada a Atenas, tu inmediata y prolongada ausencia —hasta anoche— convierten el encuentro maravilloso en una simetría cuyo secreto no sé explorar. ¿Qué eres? (*Julio 14, Atenas*: Este es el cuaderno griego; había pensado tenerlo desde mi llegada. Difícil señalar tantos días en sus páginas. Lo único visible es el viaje. Al fondo hay otras cosas que aún no puedo descifrar. Hace dos días el avión cambió la ilimitada sucesión de montañas y mares por un paisaje sepia, apenas interrumpido con manchas de

verde muy oscuro. Era Grecia. Me sorprendió la proximidad del mar con Atenas, y el calor. Esa misma noche, el paseo por lugares llenos de gente y —en toda su cerrada sonoridad— el idioma helénico. Plazas: Omonia, Sindagma. Después de medianoche: Plaka: escaleras que son calles, sudor, cuerpos dorados, uvas en las mesitas, música y retzina. Allí entre la muchedumbre encontré el cuerpo moreno, los ojos grandes y tímidos, la imposibilidad de un idioma en Bablis: impreciso momento de proximidad, de sugerencias; el desasosiego de una primera aventura griega: decidí irme contigo). ¿Quién eres? ¿Qué comienzo a ser? Grecia ahonda dimensiones del pensamiento no previstas. Ahora recuerdo cómo ayer el paisaje llano y candente de Tebas fue elevándose y acariciando hasta dejarme en las puertas de Delfos. Aquí también —dentro de mí— estás tú, ignorante de tu ser; no quiero pensar que aguardabas esta revelación porque entonces nunca llegarás a ella. La revelación ha de ser para ti un sentimiento total del espíritu griego, un rechazo absoluto del mismo, y luego la fusión. De ese largo proceso ha de renacer el arte helenístico: y tú en él. Eres tú quien espera. Cierto desconsuelo viscoso —porque ya no te veré más, nada nos hará coincidir— me lleva a empujarte dentro de mi imaginación para que allí, por ahora, comience la Hélade del futuro. Hablar así es señal de debilidad: no tengo otra salida. ¿Cuánto debo esperar? ¿Quién conocerá esa búsqueda de continuidad, que es sólo un gesto de amor hacia ti? Bablis actual, Bablis de un tiempo no llegado. Grecia vive bajo el vértigo de los turistas, escondida de los militares [(*Julio 27, cabo Sunion*: Persegui la puesta de sol en cabo Sunion. El cielo, piel móvil de naranjas, oro. Las columnas pálidas y un mar cuyo azul no conocía. Pero toda esa belleza careció de grandeza: como insectos devoradores, incapaces de ver, miles de turistas asolaron la costa a la caída del sol. Cámaras fotográficas, gritos, flashes. Cada momento siento el impulso de abandonar Grecia. El calor me aturde; en las ciudades, por la madrugada, alguien se acerca y vende: "Boys or girls, as you like". La gente es inconstante y fugaz; imposible ver a una persona dos veces) (*29 de julio, Naplio*: Ya inservible el auto alquilado; vengo de una representación en Epidavros: *Electra*. Al llegar allá tuve el malestar de encontrar militares en todos los sitios, ordenaban cómo entrar, por dónde seguir. La función había comenzado y todo aquello me enfureció. Después vi en tonos pastel el dibujo de los actores sobre la escena. *Electra*, *Orestes*, *Clitemnestra*: imposible apartar de sus trajes los colores hallados hoy a mediodía en mi visita a las tumbas de Micenas. Al terminar la función descubrí la causa de la concentración militar: el tirano de Grecia estaba allí. Doloroso sentir al pueblo del arte manejado de esta manera)] y entre turistas y militares, sin embargo, uno sabe que algo viene cada vez que las escalinatas y los templos hienden las rocas; allí se siente surgir el espíritu que no halla personificación.

Nada sabrás de todo esto; mi cuaderno griego se cierra con la carta: en él la escribo. Aquí concluye el mensaje que no recibirás. Un dios terrible, el tiempo, tiene ahora en sus manos estas páginas. Bablis me

desconoce, Babilis está por vivir (*Atenas, 15 de julio: Ayer, el ascenso a la acrópolis. Estuve una hora haciendo el camino desde la carretera, a través de los jardines abandonados; una hora durante la cual necesité apoyarme inconscientemente contra pedazos de muro: algo me debilitaba. En lo alto veía aparecer la grandeza de una formas hechas para no interrumpir el cielo. Azul de Atenas, blanco de la acrópolis. Caminé por fin hacia las cariátides; a mi derecha el Partenón giraba como un vacío inmenso. Toda la vida pensé en ese momento, pero nunca supe cómo habría de vivirlo. Me incliné llorando, envuelto en un sentimiento nunca antes concebido. Estaba totalmente solo y débil; formaba parte de un tiempo oscuro, abierto en la carne hacia la serenidad. Nada escuchaba. Hice un círculo alrededor de todo y no caminé bajo las grandes salas. Atenas brillaba, próxima y alegre. Volví agotado a lo simple, a lo ya conocido. Y nada he dicho todavía de los rostros continuos en la calle ni sobre la desconcertante música escuchada hasta hoy: la música griega es excitante y trágica, convoca recuerdos que no poseemos, es una música feliz*), Babilis ya ha comenzado. Cierro mi cuaderno señalando que tus besos, la oscura dignidad con que recibiste mi presencia son, no obstante, el punto de partida para un éxtasis, para un combate. Tu cuerpo adolescente junto al mío, los besos a la sombra de la colina sagrada, han tendido ya la comunicación con Safo y Sócrates. Una parte de tu ser está abierta para sentir lo eterno: esas dos noches nuestras te elevan a lo perenne del pasado helenístico. Estoy contigo para que también el amor enlace los equilibrios que no podemos prever: el movimiento de un tiempo imposible, verdadero.

Babilis, hasta aquí. El primer día en Atenas me condujo hacia tu presencia: la madrugada de Plaka me dejó contigo: bebimos y sonreíamos a través de gestos desaforados: aprendíamos la mímica del amor. Quise leer en tus componentes sólo el presente de aquella noche, lo fugaz: tu collar de cuentas coloridas, la lentitud de tus labios en los míos; pero aver, al verte de nuevo, supe que eras lo único, duradero, la verdadera huella de una ciudad transitoria e irrepetible. Aquí tengo algunas piedras de tu collar: ahora fijan esa madrugada que irá conmigo, porque anoche, al final, entre los plátanos desvaídos por la oscuridad, cortaste la continuidad de tus piedras brillantes para dejar algunas en mi mano. Fue la última noche en Atenas, como ahora es la última en Delfos, en Grecia. ¿Tendré aun la oscuridad de otra noche para descifrar mi viaje, el cuaderno, tu vida?